

Mauricio PASTOR MUÑOZ, *Viriato. El héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2004, 292 pp. [ISBN: 84-9734-178-3].

¿Realidad o leyenda? ¿Hombre o metáfora? ¿Tradición o apropiación? En *Viriato* es imposible desligar un plano de otro. No hay disyuntiva: todos envuelven, forman y deforman su figura, la de aquél capaz de poner freno provisorio al imperialismo romano y simbolizar una resistencia a mediados del siglo II a.C. en el occidente de Iberia. El rudo pastor convertido en ladrón, luego en general y a las puertas de la realeza; enseña del poder de las jefaturas guerreras de finales de la Edad del Hierro; obstáculo en la política expansionista de la República durante una década *horribilis* para las legiones en Hispania, es, él mismo, indivisamente también, arquetipo, comodín e instrumento en la reelaboración historiográfica del pasado desde el presente. Movida ésta por pretensiones morales, ideológicas, políticas, artísticas o académicas, que de todo hay en *Viriato*, desde la Antigüedad hasta nuestros días. El asunto de fondo no es sino el inherente problema al estudio de los textos antiguos, acrecentado en la semblanza de celebridades como la que nos ocupa: la imposibilidad de discernir “si los datos que tenemos sobre ellas responden a su realidad biográfica o si no son más que el resultado de la proyección sobre ellas de los valores dominantes de la sociedad en la que se generan dichos escritos”, como sentencia el autor en la página 245.

Entre el mito y la historia, pues no puede ser de otra forma, pasean *Viriato* y su tiempo por las páginas de este libro de Mauricio Pastor Muñoz, profesor de Historia Antigua en la Universidad de Granada. Acierta la editorial La Esfera de los Libros al confiar la biografía de tan atractivo personaje de nuestra Antigüedad a un especialista y no a un aficionado, lo que frecuentan otras líneas editoriales. El resultado es un estudio que no es sólo una aproximación a su vida y época sino un riguroso análisis histórico e historiográfico, lo que es decir documentado y crítico, con la ventaja añadida de estar escrito para un público general. Enmarcada en esta divulgación de calidad, la obra constituye la actualización de otra anterior (Pastor, M. *Viriato. La lucha por la libertad*. Alderabán. Madrid. 2000) a la que mejora y complementa.

El libro se articula en dieciséis capítulos subdivididos cada uno de ellos en cuatro o cinco entradas de temática bien definida, lo que abunda en un índice detallado y de fácil consulta, precedidos por un prólogo —siempre bien recibido— del maestro José M.^a Blázquez y una introducción. Lo nutren una serie de mapas en blanco y negro intercalados en el texto, oportunos para el seguimiento de las expediciones militares (pp.29, 155, 171...) y la localización de pueblos (pp.77, 79, 83, 113...), y una selección de fotografías en color entre las que destacan las representaciones de *Viriato* en pintura, escultura y grabados, reflejo de la particular conceptualización del héroe hispano en la plástica moderna. La inclusión de pasajes de las fuentes al hilo de determinados debates, un resumen cronológico de acontecimientos (pp.277-280), una relación de fuentes antiguas con sus principales ediciones (pp.281-282) y, compensando la ausencia de notas a pie, un completo repertorio bibliográfico que incorpora las novedades de los últimos años (pp.281-292), enriquecen la lectura. La narración es fluida y firme, en un discurso que combina perfectamente la exposición de hechos con la revisión de interpretaciones. A ello contribuyen el buen manejo de la documentación antigua y

un exhaustivo conocimiento bibliográfico por parte de Pastor Muñoz. Exprimiendo a fondo las fuentes de información, fundamentalmente literarias, el autor presenta y analiza los principales hitos del ciclo viriático, contemplando la aportación de otros colegas y las últimas propuestas. Redunda en la calidad del libro, además, una cuidada edición que al margen de aspectos generales como la buena presentación no descuida detalles —menores pero no triviales para el lector— como el uso de un interlineado suficientemente espaciado o de una letra nítida.

Ahondando en su contenido, el libro se puede dividir en tres bloques (que el autor en realidad no establece limitándose a enumerar los capítulos). El primero (capítulos I-VII) nos introduce en el mundo lusitano a través de una caracterización geográfica, etnopolítica, socioeconómica y religiosa, para emplazar en él al Viriato histórico cuya trayectoria sigue hasta la perfidia de Galba y el enfrentamiento directo con Roma. La correcta contextualización en líneas generales del escenario lusitano (a pesar de su borrosa identidad en no pocos aspectos: las dudas sobre su extensión territorial y concreción étnica, la controvertida lengua lusitana, la indefinición de su asentamiento castreño con relación a otros poblamientos más patentes como el astur, el vacceo o el vetón...), la presentación de las fuentes y sus problemas, y la revisión de ciertos tópicos como el bandolerismo o la estampa schulteniana de un Viriato primitivo y romántico, oriundo de la Sierra de la Estrella y sin otro bagaje que su salvaje nobleza (sigue aquí el autor las tesis de L.A. García Moreno y L. Pérez Vilatela vinculando a nuestro personaje con la Beturia y, en suma, con el ámbito urbano de la Iberia meridional), se encuentran entre los principales logros de esta primera parte, por otro lado eminentemente documental.

Algún tema merece un breve comentario, por ejemplo la guerra. La belicosidad lusitana es un lugar común en la historiografía: un *topos* abonado con dictámenes externos del tipo “rasgo racial”, “mal endémico”, “contranatura del bárbaro”; teñido también de diagnósticos socio-económicos tales como “salida a la pobreza lusitana”, “respuesta a la ruptura del sistema gentilicio”, “consecuencia de la dualidad social indígena”, y de lecturas políticas apasionadas, léanse “reacción al invasorismo romano” o “ideal de libertad, anarquía e indomabilidad”. Quizá le haya faltado al autor en este sentido desligarse de ciertas de estas premisas tradicionales (“Viriato se convierte en el líder de una de estas bandas o cofradías de guerreros dedicadas exclusivamente a la guerra como único oficio, que viven al margen de la sociedad...”, p.102), y acaso incidir en una exégesis antropológica de la guerra como conducta cultural enmarcada en unas coordenadas medioambientales e ideológicas inmanentes a las poblaciones preindustriales. Este es el punto de partida para empezar a decodificar la figura de Viriato, y a partir de lo mismo intentar definir las bases de su jefatura y la extensión de su autoridad en el seno de la sociedad lusitana. Desde esta perspectiva las prácticas guerreras (en cualquiera de sus formas, y pese a la transmisión distorsionada de los clásicos) no son hábitos al margen de la sociedad sino factores intrínsecos que la articulan y conforman. Otra cosa es que acertemos a descifrar su verdadero alcance. Si en lugar de acercarnos al problema desde la alteridad de las fuentes lo hacemos desde dentro, resulta más lógico pensar que la guerra constituye un elemento estabilizador en la vida de los lusitanos, como en la de buena parte de los pueblos antiguos. Valorando conjuntamente sus implicaciones económico-territoriales, socio-políticas y ético-religiosas, cabe concluir que la guerra es y funciona como fuente de poder, plataforma jurídica y escenario ritual. A través de ella se ingresa en la edad adulta, se adquieren derechos, estatus y honor, se integran fortunas en la comunidad, se establecen clientelas, rangos y alianzas, se colonizan nuevos territorios, se otean horizontes y posibilidades... y se modela, en fin, una *virtus* heroica y agonística que tiene su reflejo en la religión, los mitos y los códigos de sus celebrantes. Además, desde el punto de vista más operativo y volviendo al liderazgo de Viriato, la guerra es asimismo una

fórmula de competitividad aristocrática y de definición de relaciones de poder y equilibrio sobre tierras, hombres y recursos, en lo que insisten hoy los trabajos de P. Ciprés, M. Ruiz-Gálvez, J.M.^a Gómez-Fraile o E. Sánchez-Moreno. En realidad algo bastante alejado de la idea de marginalidad que consignan las fuentes para los bandoleros lusitanos a cuyo mando se ha hecho cabalgar siempre a un Viriato *venator, latro, pastor et dux*. Y sin embargo el manido bandolerismo lusitano y Viriato no tienen por qué entenderse en el mismo registro.

Desde este prisma endógeno se calibran mejor ciertas imágenes del acervo lusitano, caso de los ajuares guerreros de las necrópolis de la Edad del Hierro (las vetonas pueden ser un paradigma ante la ausencia de cementerios en la franja atlántica) o, muy explícitamente, de las estatuas de los llamados guerreros galaico-lusitanos. [A este respecto resulta oportuna la celebración a instancias del Instituto Arqueológico Alemán de un congreso con esa temática (“Die lusitanisch-galläkischen Kriegerstatuen”), en Lisboa en Enero de 2002, cuyas actas acaban de ver la luz en los *Madriider Mitteilungen* (44, 2003, vol.I)]. Todas ellas son expresiones de poder propias de un ambiente cultural guerrero, como lo son también para un momento anterior las estelas decoradas del suroeste.

El segundo bloque del libro (capítulos VIII-XII) se ocupa de la expansión romana en Iberia y, pormenorizadamente, de las guerras lusitanas (150-139 a.C.) hasta la desaparición de Viriato y la integración final de Lusitania en el dominio romano. Ahora el enfoque es descriptivo y resulta del mismo una buena síntesis del proceso militar. Arranca con los antecedentes que suponen las incursiones lusitanas de la primera mitad del siglo II a.C. por la Hispania ulterior, continúa con los repartos de tierra y primeras negociaciones con los generales romanos, para centrarse en los avatares de la guerra a partir de la irrupción de Viriato en el escenario político hacia el 147 a.C. Sus triunfos y movimientos, la sucesión de gobernadores al frente de las tropas romanas, los intentos de extender la revuelta a Celtiberia, las treguas y armisticios... se ilustran con claridad y competencia. Es de agradecer la doble visión de los hechos que plantea el autor, desde el lado lusitano y desde el del imperialismo romano, atendiendo en este último sentido las reacciones y directrices del Senado a lo largo del conflicto. Y más puntualmente, el tratamiento que da a la paz concluida entre Viriato y Serviliano en el 140 a.C. por la que se reconocía a aquél *amicus populi romani*, un verdadero punto de inflexión sobre el cual el autor sopesa circunstancias, motivos y consecuencias (pp.173-180). Entre ellas, la hipótesis de que por entonces Lusitania llegara a convertirse —o se quedara a las puertas de ser— un estado independiente reconocido por Roma bajo la soberanía de Viriato.

En el tercer bloque (capítulos XIII-XVI) la obra adquiere un carácter de ensayo sustituyéndose el discurso narrativo por el analítico. Revisa el autor ahora los ecos de Viriato desde presupuestos tanto históricos como ideológicos, y su proyección hasta el presente. Viriato como jefe guerrero y líder político (pp.199-211), como referente mítico (pp.213-226), como arquetipo cultural y literario (pp.227-256), como icono polisémico para la posteridad (pp.257-276). Destaca la riqueza de matices de las distintas construcciones del personaje. Por ejemplo, la biopsia de Viriato como paradigma del “buen salvaje” según el pensamiento cínicco-estoico helenístico del que beben Posidonio y, a través de él, Diodoro y Apiano, nuestras principales fuentes. (Lo que ya fuera estudiado por J. Lens Tuero en un esclarecedor artículo publicado en 1986 que guía a Pastor Muñoz en este particular, pp.237-243). Igualmente la elaborada hermeneútica que M.V. García Quintela aplica, a partir de escenas simbólicas como los esponsales (ya antes, pp.52-57), para defender que en la tradición literaria de Viriato está fosilizada la ideología trifuncional indoeuropea descubierta por G. Dumézil, concluyendo en este sentido que el relato es genéticamente lusitano (la crónica de Viriato como rey guerrero indoeuropeo) si bien llega a nosotros contaminado por el modelo etnográfico griego (pp.227-233).

También reseñable resulta la certera aproximación que hace Pastor Muñoz en el capítulo XIV a la mitificación del personaje y a su utilización política por parte de eruditos, literatos y estadistas de España y Portugal desde el Renacimiento en adelante, aspectos de mucha enjundia que no había abordado en su anterior libro sobre Viriato y para los que se sirve fundamentalmente de los trabajos de A. Guerra y C. Fabião. Se fraguan en este proceso las divisas de Viriato como paladín de independencia, libertad, nacionalidad y justicia, que tanto éxito y tan distinto aprovechamiento han tenido en los discursos oficiales. Para ello no hay más que leer el *Viriato* de A. Schulten o recrearse en las ilustraciones y relatos de las hazañas del caudillo lusitano presentes en los manuales escolares del franquismo. Igual de sugerente es el apartado titulado “la iconografía de un héroe sin imagen” (pp.222-226, y más adelante pp.266-273) donde el autor repasa en clave artística e historiográfica las obras plásticas inspiradas en Viriato -en especial el excepcional lienzo *La muerte de Viriato* de J. de Madrazo, portada del libro-, de la mano de especialistas en el arte del siglo XIX como C. Reyero, E. Arias Anglés o R. López Guzmán. Este rastreo en las diversas tradiciones y visiones de Viriato es el mismo que movió el encuentro “Viriato: historia compartida, mito disputado” celebrado en Mérida en noviembre de 2002, dentro del Proyecto “Ágora, el debate peninsular” promovido por la Junta de Extremadura, que reunió a especialistas españoles y portugueses en la materia bajo la codirección del propio M. Pastor Muñoz y del escritor portugués J. Aguiar (autor de la célebre novela histórica, *Viriato, Iberia contra Roma*).

No son pocos, en definitiva, los alicientes de este libro que disfrutará tanto el estudioso de la Hispania antigua como el común lector atraído por la personalidad del legendario jefe lusitano. Como todas las que transgreden la imposible línea entre el mito y la historia, la de Viriato es una biografía con mil matices, una memoria heredada y reinventada de la que resulta muy difícil sustraerse. Así, esta semblanza del “héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo”, como reza el apasionado subtítulo de la obra, condensa la inevitable atracción por los personajes de la Antigüedad, precisamente ahora que la pantalla grande se engalana con Troyas y Alejandros. Sobradas dotes tiene Viriato para convertirse también en héroe de cine.

Eduardo SÁNCHEZ-MORENO
Universidad Autónoma de Madrid